

parte en la velada?... Lo que yo digo, es de lo más tremendo...

— ¡Jolhullo!

— Pues tiene usted que hablar, si señor. Mándeselo usted, señora; mándeselo usted, pues no hace caso de nadie...

— Pues sí, tienes que hablar, Máximo.

— Se deslucirá la fiesta si no habla — añadió Irene —. Ya le he dicho: «Si usted no abre el pico, amigo Manso, yo no voy», y la señora ha prometido llevarme á un palquito de los de arriba.

— Sí, iremos á un palquito de los altos, donde podamos estar con comodidad... Mamá dice que si hablas irá también.»

Una voz gangosa, lánguida, que arrastraba perezosamente las sílabas, resonó en la puerta murmurando:

«Tiene que hablar, si señó...»

Era doña Jesusa que pasaba. Y al mismo tiempo Isabelita se abrazaba á mis piernas y se colgaba de mis manos, chillando también:

«Tienes que hablar, tío.»

Miróme Irene de un modo terrible y dulce... Debió de mirarme como siempre, pero mi espíritu, desencajado en aquellos días, estaba dispuesto á la poesía y á las hipérbolas, y lo menos que vió en los ojos de la maestra, fué toda la miel del monte Hymeto mezclada á toda la amargura de las olas del mar... Y de estos océanos agridulces emergían, como náufragos que se salvan en una pastilla, estas palabras de acíbar y mazapán:

«Es preciso que hable..., tiene usted que hablar...»

XXIV

¡Tiene usted que hablar!

Pues tengo que hablar; no hay más remedio. Hay en sus palabras no sé qué de imperioso, de irresistible, que corta la retirada á mi modestia, y me deja indefenso y solo ante los ataques de los organizadores de la velada. Al fin sucumbiré. Es necesario hablar. ¿Y sobre qué?

Esto pensaba al retirarme aquella noche después de un paseo con Manuela, Irene y los niños, y cuando me acercaba á mi casa iba pensando qué orden de ideas elegiría para componer un bonito discurso. Lo mismo fué entrar en mi despacho y ver mis libros, que se encendió de súbito mi mente y de ella brotó inspiración esplendorosa. El saber archivado en mi biblioteca parecía venir á mí en rayos, como las voces celestes que algunos pintores ponen en sus cuadros, y yo sentí en mí aquellas voces, tonos y ecos distintos de la erudición, que me decían cada cual su idea ó su frase. ¡Qué admirable discurso el mío! ¡Panorama inmenso, síntesis grandiosa, riqueza de particularidades! Ocurrióseme la exposición del concepto cristiano de la caridad, uno de los más bellos alcázares que ha construído el pensamiento humano.

Yo analizaría la definición dogmática de aquella virtud teologal y sobrenatural por la que amamos á Dios por sí mismo y al prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios. Después

me metería con los Santos Padres... ¡Oh!, mi memoria no me era fiel en este punto; sólo recordaba la gradación de San Francisco de Sales, que dice: «El hombre es la perfección del hombre, el espíritu es la perfección del espíritu y la caridad la del amor...» Después de apurar bien la caridad católica, yo, por medio de una transición apoyada en la hermosa frase de Newton: «Sin la caridad la virtud es un nombre vano», me pasaría al campo filosófico; establecería el principio de fraternidad, y pasito á pasito me iría al terreno económico-político, donde las teorías sobre asistencia pública y socorros mutuos me darían materia riquísima... Luego la Sociología... En fin, me sobraba asunto, tenía ideas con que hacer siete discursos para siete veladas. La dificultad estaba en condensar. No hay nada más difícil que hablar poco de una cosa grande. Sólo los espíritus verdaderamente grandes tienen el secreto de encerrar en el término de escasas palabras espacios inmensurables. Yo estaba, pues, confuso; no sabía qué escoger entre tanta tesis, entre tan variadas riquezas. Después de reflexionar largo rato, vi claro, y consideré que sería el colmo de la pedantería sacar á relucir el dogmatismo cristiano, los Santos Padres, la Filosofía, la ciencia social, la fraternidad y la Economía política. Parecióme ridícula la fiebre de erudición que me entró al ver mi biblioteca, y consideré á qué locos extravíos conduce la manía del hacinaamiento de libros. La erudición es un vino que casi siempre embriaga. Librémonos de ella, mayormente en ciertos actos, y aprendamos el arte de llevar á cada sitio y á cada momento lo que sea propio de uno y de otro y encaje en ambos

con maravillosa precisión. Volví la espalda á mi biblioteca y me dije: «Cuidado, amigo Manso, con lo que haces. Si en esa famosa velada te descuelgas como un mosaico de erudición tediosa ó con un catafalco de filosofía transcendente, el público se reirá de ti. Considera que hablarás ante un senado de señoras; que éstas y los pollos y todas las demás personas insubstanciales que á tales fiestas asisten, estarán deseando que acabes pronto para oír tocar el violín ó recitar una poesía. Prepara una oración breve, discreta, con su golpecito de sentimiento y su toque de galantería á las damas; es decir, que cuando se te escape alguna filosofía, echas luego una borlada de polvos de arroz. Di cosas claras, si puede ser, bonitas y sonoras. Proporciónate un par de metáforas, para lo cual no tienes más que hojear cualquier poeta de los buenos. Sé muy breve; ensalza mucho á las señoras que se desviven organizando funciones para los pobres; habla de generalidades fáciles de entender, y ten presente que si te apartas tanto así de la línea del vulgo bien vestido que ha de oírte, harás un mal papel, y los periódicos no te llamarán inspirado ni elocuente.»

Esto me dije, y dicho esto me callé y me puse á comer, pues áquel día pude también evadirme, por rara suerte, de la comida oficial de mi hermano, para consagrarme con sabrosa tranquilidad á la olla doméstica.

La próxima velada y el compromiso que contraí me tenían preocupado. No han sido nunca de mi gusto estas ceremonias que con pretexto de un fin caritativo sirven para que se exhiban multitud de tipos ávidos de notoriedad. Si algún tiempo antes me hubieran dicho: «Hablarás en

una velada caritativa», lo habría juzgado tan absurdo como si dijeran: «Volarás», y sin embargo, ¡oh Dios!, yo volé.

Pero un desasosiego mayor que este de pensar en mi discurso me entristeció por aquellos días. Una tarde fui á casa de José María con intención decidida de ver á Irene y de hablarle un poco más explícitamente, porque mi propia reserva empezó á enojarme, y me cansaba del papel de observador que yo mismo me había impuesto. La determinación de sentimiento iba tomando tal fuerza en mí de día en día, que andaba la razón algo desconcertada, como autoridad que pierde su prestigio ante la insolencia popular. Y doy por buena esta figura, porque el sentimiento se expansionaba en mí al modo de un plebeyo instinto pidiendo libertad, vida, reformas, y mostrándome la conciencia de su valer y las muestras de su pujanza, mientras la rutinaria y glacial razón hacía débiles concesiones, evocaba el pasado á cada instante, y no soltaba el código de sus rancias pragmáticas. Yo estaba, pues, en plena revolución, motivada por ley fatal de mi historia íntima, por la tiranía de mí propio y por aquella manera especial de absolutismo ó inquisición filosófica con que me había venido gobernando desde la niñez.

Aquel día, pues, el brío popular era terrible, se habían desbordado las masas, como suele decirse en lenguaje revolucionario, y la Bastilla de mis planes había sido tomada con estruendo y bullanga. Acordándome de Peña y de sus ideas sobre la necesidad de lo dramático en cierta parte de la vida, me parecía que tenía razón. Era preciso ser joven una vez y permitir al espíritu algo de ese inevitable proceso reformador

y educativo que en Historia se llama revoluciones.

«Basta de sabidurías — me dije —; acábense los estudios de carácter, y las disecciones de palabras que me enredan en mil tormentosas suspicacias y cávilaciones. ¡Al hecho, á la cosa, al fin! Planteada la cuestión y manifestados mis deseos, toda la claridad que haya en mí se repetirá en ella, y la veré y apreciaré mejor. Así no se puede vivir. ¡Ay de aquel que en esto de mujeres imite al botánico que estudia una flor! ¡Necio! Aspira su fragancia, contempla sus colores; pero no cuentes sus pistilos, no midas sus pétalos ni analices su cáliz, porque así, mientras más sepas más ignoras, y sabrás lo menos digno de saberse que guarda en sus inmensos talleres la Naturaleza.»

Así pensaba, y con estas ideas me fui derecho á su cuarto. ¡Desilusión! Irene no estaba. Las niñas tampoco. Lica salió á mi encuentro y me explicó el motivo de la ausencia de la maestra. Había ido á casa de su tía con la idea de arreglar sus cosas. Parece que estaban de mudanza. Doña Cándida había tomado un cuartito muy mono y recorría las almonedas para procurarse muebles baratos con que adecentarlo. Irene estaba en la antigua casa de mi cínife poniendo en orden sus objetos para la mudanza, y ayudando á su tía.

Quise ir allá, pero Lica me detuvo. Tenía que darme cuenta de los malos ratos que estaba pasando con el ama de cría, cuya bestial codicia, iracundo genio y feroces exigencias no se podían soportar. Todos los días armaba peloteras con la mulata, y se ponía tan furiosa, que la leche se le echaba á perder, y mi buen ahijado se

envenenaba paulatinamente. Cuanto veía se le antojaba, y como Manuela le hacía el gusto en todo, llegó un momento en que ni con faldas de terciopelo, ni con joyas falsas ó finas se la podía contentar. Cuando la contrariaban en algo, ponía un hocico de á cuarta, y era preciso echarle memoriales para sacarle una palabra. No mostraba ningún cariño á su hijo postizo, y hablaba de marcharse á su casa con su *hombre* y *los sus mozucos*. Varios objetos de valor que habían desaparecido fueron descubiertos sigilosamente en el baúl de la bestia. Lica le tenía miedo, temblaba delante de ella, y no se atrevía á mostrarle carácter ni á contrariarla en lo más ligero.

«Que se lleve todo — me decía lloriqueando, á solas los dos —, con tal que críe al hijo de mis entrañas. Ella es el ama, yo la criada: no me atrevo á resollar delante de ella por miedo de que haga una brutalidad y me mate al hijo.

— ¡Buen punto te ha traído doña Cándida! ¿Ves? De mi cínife no puede salir cosa buena.

— Y doña Cándida, ¿qué culpa tiene?... ¡La pobre!... No seas ponderativo... ¡Si yo pudiera buscar otra criandera sin que ésta se maliciara, pues, y plantarla en la calle...! ¡Ay! Máximo, tú que eres tan bueno, ayúdame. No cuento para nada con José María. ¿Ese?... como si no existiera. No parece por aquí. Conque Máximo, chinito...

— Pero Lica..., y esa doña Cándida, ¿qué dice?

— Si apenas viene á casa... desde que ha vendido las tierras de Zamora y tiene moneda...

— ¡Dinero doña Cándida! — exclamé más asombrado que si me dijeran que Manzanedo pedía limosna —. ¡Dinero Calígula!

— Sí, está rica; pues si vieras, niño..., gasta unas fantasías...

— ¡Ay Lica, Lica!, yo te encargué que vigilaras bien á mi cínife. ¿Lo has hecho?

— Pero ven acá, ponderativo...»

Yo no sabía qué pensar. La necesidad de ver á Irene y no sé qué instinto suspicaz, que me impulsaba á observar de cerca los pasos de doña Cándida, lleváronme á la casa de ésta. Llegué: mi espíritu estaba preñado de temores y desconfianzas. Llamé repetidas veces tirando, hasta romperlo, del seboso cordón de aquella campanilla ronca; pero nadie me respondía. La portera gritó desde arriba que la señora y su sobrina estaban en la otra casa. Pero, ¿dónde estaba esa casa? Ni la portera ni los vecinos lo sabían.

Volví junto á Lica. Irene llegó muy tarde, cansada, ojerosa, más pálida que nunca. La nueva casa de su tía estaba en la barriada moderna de Santa Bárbara, con vistas á las Salesas y al Saladero. Tía y sobrina habían trabajado mucho aquella tarde.

«¡He cogido tanto polvo!... — me dijo Irene —. Estoy rendida de sueño y cansancio. Hasta mañana, amigo Manso.»

¡Hasta mañana! Y aquel mañana vino, y también desapareció Irene. Vivísima curiosidad me impelía hacia la nueva casa, alquilada y amueblada con el producto de aquellas tierras de Zamora que no existían más que en el siempre inspirado numen del fiero Calígula.

Salí, recorrí las nuevas calles del barrio de Santa Bárbara; pero no di con la casa. Según me había dicho Irene, ni el edificio tenía número todavía, ni la calle nombre; pregunté en varios portales, subí á varios pisos, y en ninguno

me daban razón. Parecíame viajar por una ciudad humorística como las tierras de doña Cándida, y aun me ocurrió si el *cuartito muy mono* estaría en uno de los yermos solares en que no se había edificado todavía. Volví hacia el centro. En la calle de San Mateo, ya cerca de anochecer, me encontré á Manuel Peña, que me dijo: «Ahora van la de García Grande y su sobrina por la calle de Fuencarral.»

Nos separamos después de haber hablado un momento de su discurso y del mío. Me fui á casa, volví á salir. Era de noche...

XXV

Mis pensamientos me atormentaban...

Me atormentaron toda la noche dentro y fuera de mi casa. No sé cómo vino á mí aquella imagen. La encontré, la vi pasar sola y acelerada delante de mí por la otra acera, por la acera del Tribunal de Cuentas. Yo estaba al amparo de una de las acacias que adornan la puerta del Hospicio, y ella no me vió. La seguí... Apresurada iba y como recelosa... A veces se detenía para ver los escaparates. Cuando se paró delante de uno muy iluminado, la miré bien, para cerciorarme de que era ella. Sí, ella era; llevaba el vestido azul marino, sombrero obscuro, como un gran cuervo disecado, que daba sombra á la cara. Su aire elegante y algo extranjero distinguíala de las demás mujeres que iban por la calle.

Pasó junto á la esterería, junto al estanco, entretúvose un momento viendo las telas en el *Comercio del Catalán*. Después acortó el paso; había descarrilado el tranvía, y un coche de plaza se había metido en la acera. El tumulto era grande. Irene miró un poco y pasó á la otra acera, alzándose ligeramente las faldas, porque había muchos barro. Aquella tarde había llovido. Tomó la acera de los pares por junto á la botica dosimétrica; y siguió luego con alguna prisa, como persona que no quiere hacer esperar á otra. Pasó junto á la capilla del Arco de Santa María, y mirando hacia adentro, se persignó. ¡También mojigata!... Siguió adelante. Crueles sospechas me mordían el corazón. Para observarla mejor, yo seguía por la acera contraria. Pasó por una esquina, luego por otra. Detúvose para reconocer una casa. En el ángulo se ve el pilastrón de un registro de agua, y arriba una chapa verde de hierro con un letrero que dice: *Viaje de la Alcubilla. Registro núm. 6, B. Arca núm. 18, B.* Leyó el letrero y yo también lo leí. Era el rótulo del infierno... Dió algunos pasos y se escurrió por el portal obscuro... Yo estaba anonadado, presa del más vivo terror, y sentía agonías de muerte. Clavado en la acera de enfrente miraba al lóbrego, angosto y antipático portal, cuando llegó un coche y se paró también allí. Abrióse la portezuela, salió un hombre... ¡Era mi hermano!...

Concluiré esta febril jornada diciendo con la candidez de los autores de cuentos, después que se han despachado á su gusto narrando los más locos desatinos:

Entonces desperté. Todo había sido un sueño. Pero este atroz sueño mío que me atormentó

á la mañana, fué nacido de mis hipótesis de la noche anterior, y llevaba en sí no sé qué probabilidad terrible. Me impresionó tanto, que después recordaba el soñado paseo por la calle de Fuencarral y me parecían tan claros sus accidentes como los de la misma verdad. No es puramente arbitrario y vano el mundo del sueño, y analizando con paciencia los fenómenos cerebrales que lo informan, se hallará quizás una lógica recóndita. Y despierto me di á escudriñar la relación que podría existir entre la realidad y la serie de impresiones que recibí. Si el sueño es el reposo intermitente del pensamiento y de los órganos sensorios, ¿cómo pensé y vi?... ¡Pero qué tontería! Me estaba yo tan fresco en la cama, interpretando sueños como un Faraón, y eran las nueve, y tenía que ir á clase, y después preparar mi discurso para la gran velada que había de celebrarse aquella noche... Las cavilaciones de los dos pasados días no me habían permitido ocuparme de semejante cosa, y aun no tenía plan ni ideas claras sobre lo que había de decir. Como improvisador, siempre he sido detestable. No quedaba, pues, más recurso que enjaretar de cualquier modo una oracioncilla en los términos de fácil claridad y sencillez que me habían parecido más propios.

Tal empeño puse, que al anochecer estaba todo concluído satisfactoriamente. Había escrito todo mi discurso y lo había leído tres ó cuatro veces en voz alta para fijar en mi espíritu, si no las frases todas, las partes principales de él y de su armónica estructura. Hecho esto, podía salir del paso, pues fijando bien las ideas, estaba seguro de que no se me rebelaría el lenguaje.

Cuando llegó la hora me vestí, y ¡al teatro con

mi persona! Dígolo así, porque me llevé como quien lleva á un criminal que quiere escaparse. Yo era polizonte de mí mismo, y necesité toda la fuerza de mi dignidad para no evadirme en mitad del camino y volverme á mi casa; pero el yo autoridad tenía tan fuertemente cogido y agarrotado al yo timidez, que éste no podía moverse.— Bien se conocía, en la proximidad del teatro, que en éste había aquella noche solemnidad grande. Era aún temprano, y ya se agolpaba el público en las puertas. Aunque se habían tomado precauciones para evitar la reventa de billetes, diez ó doce gandules con gorra galoneada entorpecían el paso, molestando á todo el mundo. Llegaban coches sin cesar, sonaban las portezuelas como disparos de armas de fuego, y cuando me venía al pensamiento que yo formaba parte del espectáculo que atraía tanta gente, se me paseaba por la espina dorsal un cosquilleo... El discurso se me borraba súbitamente del espíritu, y luego aparecía bien claro para eclipsarse de nuevo, como los letreros de gas encendidos sobre la puerta del teatro, y cuyas luces á intervalos barría el fuerte viento sin apagarlas.

No había dado dos pasos dentro del vestíbulo, cuando tropecé con un objeto duro y atrozmente movedizo. Era Sáinz del Bardal, que se multiplicaba aquella noche como nunca; tal era su actividad. En el espacio de un cuarto de hora le vi en diferentes partes del coliseo, y llegué á creer que las energías reproductrices del Universo habían creado aquella noche una docena de Bardales para tormento y desesperación del humano linaje. Él estaba en el escenario arreglando la decoración, los atriles, el piano; él en el vestíbulo disponiendo los tientos de plantas

vivas que á última hora no habían sido bien colocados; él en los palcos saludando á no sé cuántas familias; él adentro, afuera, arriba y abajo, y aun creo que le vi colgado de la lucerna y saliendo por los agujeros de la caja de un contrabajo. Una de las tantas veces que pasó junto á mí, como exhalación, me dijo :

«Arriba, en el palco segundo de proscenio, están Manuela, Mercedes, y... abur, abur.»

Subí. Sorprendíome ver á Lica en lugar tan eminente, en un palco que lindaba con el paraíso. El público extrañaría seguramente no ver á la señora de Manso en uno de los proscenios bajos. Parecía aquello una deserción, harto chocante tratándose de la dama en cuya casa se había organizado la fiesta. Cuando entré, Irene estaba colgando los abrigos en el estrecho antepalco. Saludóme en voz baja, dulcísimamente, con algo como secreteo ó confidencia de amigo íntimo.

«Ya estaba yo con cuidado — dijo —, temiendo que usted...

— ¿Qué?

— Nos hiciera una jugarreta, y á última hora no quisiera hablar.

— ¿Pero no prometí...?»

XXVI

Llévose el dedo á la boca imponiéndome silencio.

Su discreción me pareció encantadora. Parecía decirme : «Ya hablaremos largamente de ello y de otras mil cosas agradables.»

«¿No sabes? — me dijo Lica —. José María se ha puesto muy bravo porque no he querido ir al palco proscenio. Dice que esto es una gansada... Mejor, que rabie. No me da la gana de ponerme en evidencia. Aquí estamos muy bien... *Aguaita*, chinito; hemos venido de bata. No te chancées. Aquí vemos todo y nadie nos ve... ¡Jesús, cómo está mi marido! Dice que no sirvo más que para vivir en un potrero... ¡Qué cosa! En fin, que rabie.»

Mercedes miraba hacia las butacas, y aquel animado panorama á vista de pájaro la desconsolaba un poco, por no encontrarse en medio de tanto brillo y hermosura. También estaba doña Jesusa; inaudito fenómeno, tan contrario á sus costumbres sedentarias.

«No he venido más que á oírle, niño — me dijo con toda la bondad del mundo —. Pues si no fuera porque usted se va á lucir, no me sacarían de mi sillón ni toítas las Potencias celestiales.»

Estaba la buena señora horriblemente vestida de día de fiesta, con gruesas y relumbrantes alhajas, y un medallón en el pecho con la fotografía de su difunto esposo, casi tan grande como un mediano plato. Yo no me había enterado hasta aquella noche de las facciones del papá de Lica, que era un señor muy bien barbado, vestido de voluntario de Cuba.

«Parece que hay solo de arpa — me dijo Mercedes, ilusionada con los misteriosos atractivos del programa.

— Creo que sí. Y también...

— ¡Ah! Los versos de Sáinz del Bardal son más lindos!... — indicó Manuela —. Me los leyó esta tarde. Hablan de Sócrates y de un tal... no sé cómo.

— ¿Y quién más recita?
 — Creo que recitarán los principales actores. Voy á que Sáinz del Bardal les mande á ustedes un programa.»

Irene no desplegaba sus labios. Sentada tan lejos del antepecho como del fondo del palco, manteníase á decorosa distancia de Lica, acusando su inferioridad, pero sin dar á conocer ni sombra de servilismo. Modesta y digna, me habría cautivado en aquella ocasión, si entonces la hubiera visto por primera vez. Al salir vi en la penumbra roja del palco un objeto, una cosa negra, una cara... Me eché á reír, reconociendo á Rupertico, que me miraba y se apretaba la nariz con los dedos para contener sus carcajadas. Estaba sentado en una banquetta, tieso, estirado por la circunspección y el respeto, sin atreverse á mover brazo ni pierna. No había en él más señales de vida que los ímpetus de risa, y para sofocarla se apretaba la boca con las palmas de las manos.

«No hemos tenido más remedio que traerle — me dijo la niña Chucha —. ¡Ay!, ¡qué enemigo! Toda la tarde llorando porque quería venir á oírle á usted.

— Yo creo que le da un accidente, si no le traemos — añadió Lica —. Nos tenía locas. «Yo quiero oír á mi amo Máximo; yo quiero oír á mi amo Máximo...» Y llora que llora.»

Al tirarle de la oreja vi que en el rincón había un bulto envuelto en un pañuelo rojo. El negrito, al observar que yo miraba el bulto, acudió con sus manos á acomodar el pañuelo y ocultarlo más. Reía convulsamente, y Lica y Mercedes también reían...

«Fresco, relambido, márchate, márchate, que

aquí no haces falta — me dijo Lica —. Después que hables vendrás á vernos.»

En el escenario no se podía dar un paso. Sáinz del Bardal y los que le habían ayudado en la organización, no supieron impedir que entrase allí el que quisiese, y todo era desorden y aperturas. Periodistas que iban en busca de pormenores para redactar sus crónicas, oradores, los amigos de los oradores, músicos y todos los amigos de los músicos, actores que habían de recitar y poetas que iban á que les recitaran, individuos afiliados á la Sociedad y multitud de personas á quienes nadie conocía llenaban el escenario. Sáinz del Bardal, rojo como un cangrejo, y otro señor filántropo y discursista que tiene la especialidad de estas cosas, se esforzaban por imponer orden y expulsaban galantemente á los intrusos.

A todas estas terminaba la sinfonía, el telón se había descornado, y los individuos de la Junta ocupaban una fila de sillas, junto á pomposa mesa, tras de la cual aparecía la imagen más grave de todas las imágenes imaginables, don Manuel María Pez. Este señor debía pronunciar breves palabras explicando el objeto de la ceremonia y dando las gracias á las distinguidísimas y eminentes personas que se habían dignado *cooperar á su esplendor en bien de la Humanidad y de los pobres*. Era la oratoria de este señor acabado ejemplo del género ampuloso, hueco y vacío, formado de pleonasmos y amplificaciones, revestido de hojarasca y matizado de pedacitos de talco, oratoria que sirve á las nulidades para hacer un breve papel parlamentario, fatigar á los taquígrafos y macizar esa inmensa pirámide papirácea que se llama el *Diario de las Sesiones*.

Para descubrir una idea del Sr. Pez era preciso demoler á pico un paredón de palabras, y aun no había seguridad de encontrar cosa de provecho. Decía así:

«Es ciertamente laudable, es altamente consolador, es en sumo grado lisonjero para nuestra edad, para nuestro tiempo, para nuestra generación, que tantas personas eminentes, que tantos varones ilustres en las artes y en las letras, que tantas glorias de la patria, en uno y otro ramo del saber, se presten, se ofrezcan, se brinden á...» Todos estos miembros del discurso iban perfectamente espaciados con enfáticas pausas, entre graves compases, con cadencia pomposa y campanuda que fatigaba como los mazos de un batán. No seguí prestándole atención, porque necesitaba enterarme aprisa del orden de la fiesta, para ver cuál era mi puesto y en qué momento me tocaba, ¡ay, Dios mío!, salir á las candilejas.

El programa era vasto, inmenso, vario y complejo como ningún otro. A la legua se conocía que había andado en ello Sáinz del Bardal y su destornillada cabeza. Hablaríamos un célebre orador, Manuel Peña y yo; habría cuarteto por eminencias del Conservatorio; leerían versos de celebrados poetas tres actores de los mejorcitos. El único poeta que sería leído por sí mismo era Sáinz del Bardal, quien por condiciones especiales de carácter no confiaba á boca ajena las hechuras de su ingenio. Habría además concierto de piano, desempeñado por una señorita de doce años que era un prodigio en teclas; habría gran solo de arpa por un célebre profesor italiano que había llegado á Madrid pocos días antes. Por último, cantarían un tenor del Real la

célebre aria de Mozart *Al mio tesoro intanto*, y entre el tenor y el barítono despacharían el dúo *I marinari*... No sé si había algo más. Creo que no.

Sáinz del Bardal me notificó que mi puesto en el programa seguía inmediatamente al solo de arpa, lo que me desconcertó un poco, mucho más cuando acerté á ver al solista, que parecía sujeto de mala sombra. Estaba en el fondo del escenario preparando su instrumento y rodeado de una nube de músicos y gente italiana del Real. Mirándole yo, consideré supersticiosamente que en la compañía de aquel maldito músico no podía haber cosa buena. Era bastante obeso, con cara de mujer gorda, el peinado en dos cuernecitos muy monos, el bigote pequeño y de moco retorcido, también en cuernecillos, y con dos chapitas en los carrillos que parecían de colorete.

Yo me paseaba solo esperando mi turno. Un noticiero se me acercó y me dijo:

«¿Sobre qué va usted á hablar? ¿Quiere darme usted un extracto de su discurso?»

— Cuatro generalidades...; en fin, ya lo verá usted.

— ¡Qué poco feliz ha estado ese señor de Pez!»

Otro llegó y dijo:

«Ya se acabó el *dies ira*. Es un piporro ese señor de Pez... ¡Ah! vea usted el del arpa. ¡Qué figura, amigo Manso! Pues si eso sonara...»

— Parece mentira — añadió un tercero, gomo, discípulo mío por más señas, buen chico, ateneísta... — ¡Qué escándalo con los revendedores! Esto no pasa más que en España. El gobernador ha mandado detener á alguno. Sería curioso saber quién les había dado los billetes que

no se han vendido en el despacho y son todos personales...»

Poco á poco iban llegando conocidos, y se formaba animado corrillo junto á mí.

«Señor de Manso, ¿cuándo va usted?

— Después del arpa. ¡Lástima que mi discurso sea tan pobre de arpegios!

— Yo, á ser usted, hubiera pedido un lugar más adelantado.

— ¿Qué más da? Antes ó después, lo he de hacer bastante mal.

— ¡Hombre, hombre, qué pillín es usted!... ¿Conque mal?

— ¡Ps...

— Demasiado sabe usted que...

— ¡Quia! Si ese buen señor no sabe lo que vale.

— Diga usted, señor de Manso, ¿le convendría á usted darme su discurso para la Revista?... Lo pondremos en el número del 15, y después, si usted quiere, se le puede hacer una tirada corta... pues, un folletito.

— ¡Quia, hombre! Es demasiado breve.

— ¡Ah!, mejor... De todos modos, para la Revista ya me sirve.

— ¿De qué trata?

— De nada, señores, de nada. ¿Se puede hablar de cosas serias delante de esta gente, entre un solo de arpa y una tirada de versos? Cuatro generalidades...

— Ya sale el actor á leer el poema XXX... Es soberbio. Me lo leyó su autor ayer tarde. Es un asombro...

— Sí, pero vean ustedes qué manera de leer.

— Ese hombre es un epiléptico. Se pone verde.

— Milagro será que no se le reviente una vena.

— Esa descripción del naufragio..., ¿eh?

— Es de primera fuerza...

— Y ahora el incendio de la cabaña... ¡Bravísimo!

— El poema es de barba de pato.

— ¡Calzones, qué verso!

— Pero esta manera de declamar... ¡Ah!, los actores italianos...

— En las transiciones saca una voz de vieja...

— ¡Muy bien, muy bien!

Todos aplaudimos al final, rompiéndonos las palmas de las manos. De las localidades venía un rumor de aplausos que parecía una tempestad. De pronto en el círculo amistoso que se había formado en derredor de mí, apareció Manuel Peña con las manos en los bolsillos y el sombrero echado atrás. Parecía un libertino que salía de la ruleta.

«¡Hola, perdís!...

— Maestro, dichoso usted que está tranquilo.

— Y tú, ¿tienes miedo?

— ¿Miedo?... Estoy como el reo en capilla.

— ¿Sobre qué vas á hablar?

— Sobre lo primero que me ocurra.

— ¿No has preparado nada?

— Este es lo más célebre... — indicó un amigo —. ¿Creerá usted, Manso, que esta mañana no tenía ni idea siquiera del discurso que va á pronunciar?

— Ni la tengo ahora... Veremos lo que sale. Yo me las arreglo de este modo. Esta tarde me he leído unos versos de Víctor Hugo y he tomado una docena de imágenes...

- De esas de patrón de mico..., ¿eh?
- Cada imagen como la copa de un pino. Y con esto me basta... Hablaré de las damas, de la influencia de la mujer en la Historia, del Cristianismo...
- De la mujer cristiana, ¿eh?...
- Eso, y de la caridad... A ver, señores, ¿quién dijo aquello de *la caridad corre á la desgracia como el agua al mar?*
- Chateaubriand.
- No, hombre; me parece que es el Padre Gratry.
- No, no. Usted, Manso, ¿sabe...?
- Pues no recuerdo...
- En fin, lo diré como mío.
- ¡Ah!... Esa frase es de Víctor Cousin...
- Sea de quien fuere..., usted, maestro, pronto entra.
- Detrás del arpa... Ahí va.»

El italiano y su comitiva italianesca pasaron junto á nosotros. Hacía mi benemérito predecesor gimnasia con los dedos, como si quisiera rasguñar el aire.

Hubo un silencio expectante que me impresionó, haciéndome pensar que pronto se abriría ante mí la cavidad muda y temerosa de un silencio semejante. Después oyéronse *pizzicatos*. Parecían pellizcos dados al aire, el cual, cosquilloso, respondía con vibraciones de risa pueril. Luego oímos un rasgueado sonoro y firme como el romper de una tela; después un caer de gotas tenues, lluvia de soniditos duros, puntiagudos, acerados, y al fin una racha musical, inmensa, flagelante, con armonías misteriosas.

- «¡Caramba, que este hombre toca bien!
- ¡Vaya!

- Ahora, ahora. ¡Qué melodía! ¿Pero de dónde es esto?
- Es una fantasía sobre *La Estrella del Norte*.
- ¡Qué dedos!
- Si parecen patas de araña corriendo por los hilos.
- ¡Y cómo se sofoca el buen señor!... Mire usted, Manso, cómo se le mueven los cuernecitos del pelo.
- ¿Pero han visto ustedes las cruces que tiene ese hombre?
- ¿Qué es eso de hombre? Si es la mujer con barbas..., esa que estaba en la feria...
- Ps... Silencio, señores; esas risas...»
- Cuando concluyó el solo y sonaron los aplausos, parecía que se me arrugaba el corazón y que se me desvanecía la vista. Mi hora había llegado. Di algunos pasos mecánicos.

«Todavía no. Va á repetir. Tocaré otra pieza.

— ¡Qué placer! .. Cinco minutos de vida.»

Para animarme afecté alegría, despreocupación y un valor que estaba muy lejos de tener. La reflexión de estos estímulos artificiales suele ser de momentánea eficacia. Y por último, llegó el segundo fatal. El italiano entró, volvió á salir llamado por el público, y al fin retiróse definitivamente. Yo le vi limpiándose el sudor de su amoratado rostro, que parecía un lustroso tomate, y oí felicitaciones de los músicos que le rodeaban. Cuando rompí por medio de ellos para salir, las piernas me temblaban.

Y me vi delante del dragón, como quien va á ser tragado, pues las candilejas eran como dentadura de fuego, las filas de butacas, surcos de una lengua replegada, y el cóncavo espacio rojo,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO REYES
 Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO

cálido y halitoso de la sala, la capacidad de una horrenda boca. Pero la vista misma del peligro parecía restituirme mi valor y fortalecerme. Verdaderamente, pensé, es una tontería tener miedo á esa buena gente. Ni lo he de hacer tan mal que me ponga en ridículo...

Alcé la vista, y allá arriba, sobre el mal pintado celaje del techo, vi destacarse un grupo de cabezas.

XXVII

La de Irene dominaba á las otras tres.

Ó por lo menos, fué la que más claramente vi. Cuando principié, con voz no muy segura, me hacía visajes en los ojos el decorado pseudomorisco de los palcos. La puntería de gemelos, así como el movimiento de tanto abanico, me distraían. En uno de los proscenios bajos había una bendita señora cuyo abanico, de colosal tamaño, se cerraba y se abría á cada momento con rasgueo impertinente. Parecía que me subrayaba algunas frases ó que se reía de mí con carcajadas de trapo. ¡Maldito comentario! En el momento de concluir una frase, cuando yo la soltaba redonda y bien cortada, sonaba aquel *ras* que me ponía los nervios como alambres... Pero no había más remedio que tener paciencia y seguir adelante, porque yo no podía decirle á la dama del abanico, como á un alumno de mi clase: «¿Hace usted el favor de no enredar?...»

Y seguí, seguí. Un miembro tras otro, frase

sobre frase, el discursito iba saliendo, limpio, claro, correcto, con aquella facilidad que me había costado tanto trabajo. Iba saliendo, sí señor, y no á disgusto mío, y á medida que lo iba pronunciando, mi facultad crítica decía: «No voy mal, no señor. Me estoy gustando; adelante...»

¿Qué diré de mi discurso? Copiarlo aquí sería impertinente. Una de las muchas revistas que tenemos, y que se distinguen por su vano empeño de hacer subscripciones, lo publicó íntegro, y allí puede verlo el curioso. No ofrecía gran novedad, no contenía ningún pensamiento de primer orden. Era una disertación breve y sencilla, á propósito para esto que llaman público, que es, como si dijéramos, una reunión de muchos, de cuya suma resulta un *nadie*. Todo se reducía á unas cuantas consideraciones sobre la indigencia, sus causas, sus relaciones con la ley, las costumbres y la industria. Luego seguía una reseña de las instituciones benéficas, deteniéndose principalmente en las que tienen por objeto la protección de la infancia. En esta parte logré poner en mi discurso una nota de sentimiento que levantó lisonjeros murmullos. Pero lo demás fué severo, correcto, frío y exacto. Cuanto dije era de lo que yo sabía, y sabía bien. Nada de conocimientos pegados con saliva y adquiridos la noche anterior. Todo ello era sólido; el orden lógico reinaba en las varias partes de mi obra, y no holgaban en ella frase ni vocablo. La precisión y la igualdad le informaban, y las ampliaciones y golpes de efecto faltaban en absoluto.

Hago estos elogios de mí mismo sin reparo alguno, porque me autoriza á ello la franqueza

con que declaro que no había en mi oración ni chispa de brillantez oratoria. Era como si leyese un sesudo y docto informe, ó un dictamen fiscal. Y el efecto de este defecto lo notaba yo claramente en el público. Sí, al través de la urdimbre de mi discurso, como por los claros de una tela, veía yo al dragoncillo de mil cabezas, y observaba que en muchos palcos las damas y caballeros charlaban olvidados de mí y haciendo tanto caso de lo que decía como de las nubes de antaño. En cambio vi un par de catedráticos en primera fila de butacas que me flechaban con el reflejo de sus gafas, y con movimientos de cabeza apoyaban mis apreciaciones... Y el *ras* del dichoso abanico seguía rasguñando la limpidez de mi lenguaje como punta de diamante que raya la superficie del cristal.

Se acercaba el fin. Mis conclusiones eran que los institutos oficiales de beneficencia no resuelven la cuestión del pauperismo sino en grado insignificante; que la iniciativa personal, que esas agrupaciones que se forman al calor de la idea cristiana..., en fin, mis conclusiones ofrecían escasa novedad y el lector las sabe lo mismo que yo. Baste por ahora decir que terminé, cosa que yo deseaba ardientemente, y parte del público también. Un aplauso mecánico, oficial, sin entusiasmo, pero con bastante simpatía y respeto, me despidió. Había salido bien, como yo esperaba y deseaba. Por mi parte, discreción y verdad; por la del público, benevolencia y cortesía. Saludé satisfecho, y ya me retiraba cuando...

¿Qué era aquello que bajaba del techo volando y agitando cintas? Era un objeto de variados colores, un conjunto de ramos verdes, de cenefas rojas... ¡Una corona, cielos vengadores! Fué tan

mal arrojada, que cayó sobre las candilejas. No sé quién la cogió; no sé quién me entregó aquella descomunal pieza de hojas de trapo, de bellotas que parecían botones de librea, con más cintajos que la moña de un toro, claveles como girasoles, letras doradas, y qué sé yo... Recibí aquella ofrenda extemporánea, y no sé cómo la recibí. Me turbé tanto que no supe lo que hacía, y por poco pongo la corona en la cabeza calva del señor de Pez, que me dijo al pasar: «Muy bien ganada, muy bien ganada.»

Murmullos del público me declaraban que el dragoncillo, como yo, había considerado aquella demostración absolutamente impropia, inoportuna y ridícula. Luego la habían arrojado tan mal... Me dieron ganas de tirarla en medio de las butacas.

«Es obsequio de la familia» — oí que decía no sé quién...

Quedé confuso, ¡y después me entró una ira...! ¡Ya comprendía lo que guardaba el pícaro negro dentro de aquel pañuelo! ¡Como si lo viera! Debió de ser idea de la niña Chucha...

Me interné en el escenario con mi fastidiosa carga de hojarasca de trapo. En verdad, lo mejor era tomarlo á risa, y así lo hice... Bien pronto, mientras continuaba el programa con la pieza de piano, se formó en torno mío el corrillo de amigos y oí las felicitaciones de unos, las sinceridades ó malicias de otros.

«Muy bien, amigo Manso... Tales manos lo hilaron.

— Me ha gustado mucho..., pero mucho. No, no venga usted con modestias. Debe estar usted satisfecho.

— ¡Orador laureado!..., nada menos.

— ¡Qué lástima que no alzara usted un poco más la voz! Desde la fila 11 apenas se oía.

— Muy bien, muy bien... Mil enhorabuenas... Un poquito más de calor no hubiera estado mal.

— ¡Pero qué bien dicho..., qué claridad!

— Vaya, vaya, y decía usted que era cosa ligera...

— Al pelo, Mansito; al pelo.

— Caballero Manso, bravísimo.

— Hombre, ya podías haber esforzado un poco la voz, y dar nervio, dar nervio...

— Mira, para otra vez mueve los brazos con más garbo... Pero ha gustado mucho tu discurso. Las señoras no lo han comprendido; pero les ha gustado...

— ¿Conque coronita y todo...?»

También vino el arpista á felicitar me, permitiéndose presentarse á sí mismo para tener *l'onore de stringere la mano d' un egregio professore...*

Estas lisonjas me obligaron, mal de mi grado, á dedicar algunas frases al panegírico del arpa, á sus bellos efectos y á sus dificultades, poniendo á los profesores de este instrumento por encima de todas las demás castas de músicos y danzantes.

Hablando con el italiano, con otros músicos, con algunos de mis amigos, me distraje de las partes siguientes del programa; pero hasta donde estábamos venían, como olores errantes de un próximo sahumero, algunas emanaciones retóricas de los versos que leía Sáinz del Bardal. Su declamación hinchada iba lanzando al aire bolas de jabón que admiraban las mujeres y los necios. Las bombillas estallaban, resonando de diversos modos, ya en tono grave, ya en el plañidero y sermonario; y entre el rumor de la cháchara

que en derredor mío zumbaba, oíamos: *creed y esperad..., inmensidad sublime..., místicos ensueños..., salve, creencia santa*. De varios vocablos sueltos y de frasecillas volantes colegimos que el señor del Bardal se guarecía *bajo el manto de la religión*; que *bogaba en el mar de la vida*; que su alma *rasgaba pujante el velo del misterio*, y que el muy pillín iba á romper la cadena que le ataba á la *humana impureza*. También oímos mucho de *faros de esperanza*, de *puertos de refugio*, de *vientos bramadores* y del *golfo de la duda*, lo que no significaba que Bardal se hubiera metido á patrón de lanchas, sino que le daba por ahí, por embarcarse en la nave de su inspiración sin rumbo, y todo era naufragios retóricos y chubascos retóricos.

«¡Si encallará de una vez este hombre!...

— Dejadle que le dé al remo... ¡Lástima que ya no tengamos galeras!

— ¡Y cómo me le aplauden!...

— Ya... Mientras exista el sexo femenino, las Musas cotorronas tendrán *alabarda segura*... El público aplaude más estas vulgaridades que los versos sublimes de XXX. Así es el mundo.

— Así es el Arte... Vámonos, que ya viene.

— ¡Que viene Bardal! ¿Quién le aguanta ahora?

— Temo ponerme malo. Estoy perdido del estómago, y este poeta emético siempre me produce náuseas... Huyamos.

— ¡Sálvese el que pueda!»

Yo también me marché, temeroso de que me acometiera Bardal. Salí del escenario, y en el pasillo bajo encontré mucha gente que había salido á fumar, haciendo de la lectura del poeta un cómodo entreacto. Algunos me felicitaron con frialdad, otros me miraron curiosos. Allí

supe que el célebre orador que debía tomar parte en la velada se había excusado á última hora por haber sido acometido de un cólico. Faltaban ya pocos números, y era indudable que parte del público se aburría soberanamente, y pensaba que á los autores de la velada no les venía mal su poquito de caridad, terminando la inhumana fiesta lo más pronto posible.

En la escalera encontré á mi hermano. Andaba visitando palcos, traía un ramito en un ojal y estrujaba en su mano *La Correspondencia*.

«Has estado verdaderamente filósofo — me dijo con pegadiza bondad —, pero con muchas metafísicas que no entendemos los tristes mortales. Lástima que no hicieras uso de los datos de mortalidad que te dió Pez á última hora, y del tanto por ciento de indigentes por mil habitantes que acusan las principales capitales de Europa. Yo he estudiado la cuestión, y resulta que las escuelas de instrucción primaria nos ofrecen 414 niños y $\frac{3}{4}$ de niño por cada...

— Has estado arriba, en el palco de la familia? — le pregunté, para cortar el hilo funesto de su estadística.

— No; ni pienso ir. ¡Buena la han hecho! ¿Te parece?... ¡Guindarse en ese palcucho! ¡Qué inconveniencia, qué tontería y qué estupidez! Mi mujer me pone en ridículo cien veces al día... Pues digo, ¿y á ti?... ¿Qué te ha parecido lo de la coronita?»

La carcajada que soltó mi hermano trajo á mi espíritu la imagen del malhadado obsequio que recibí, y no pude disimular el disgusto que esto me causaba.

«¡Si es la gente más tonta...! Apuesto que la idea fué de la *niña Chucha*. En cuanto á Manue-

la, es verdaderamente la terquedad en figura humana. Basta que yo desee una cosa...»

Yo disculpé á Lica; él se incomodó; díjome que yo, con mis tonterías de sabio, fomentaba la terquedad y los mimos de su esposa.

«Pero José...

— Tú eres otra calamidad, otra calamidad, entiéndelo bien. Nunca serás nada..., porque no estás nunca en situación. ¿Ves tu discurso de esta noche, que es práctico y filosófico y todo lo que quieras? Pues no ha gustado, ni entusiasmará nunca al público nada de lo que escribas, ni harás carrera, ni pasarás de triste catedrático, ni tendrás fama... Y tú, tú eres el que hace en mi casa propaganda de modestia ridícula, de ñoñerías filosóficas y de necedades metódicas.

— ¡Ay, José, José!...

— Lo dicho, camarada...»

En esto estábamos, cuando nos sorprendió un estrépito que de la sala del teatro venía. Al pronto nos asustamos. ¡Pero quia!...; eran aplausos, aplausos furibundos que declaraban entusiasmo vivísimo.

«¿Pero qué pasa?»

Los pasillos se habían quedado vacíos. Todo el mundo acudía á su sitio para ver de qué provenía tal locura.

XXVIII

«Habla Peñita.»

Esto decían, y al punto, descoso de oír á mi discípulo, dejé á mi hermano y subí al empinado palco donde estaba la familia. Entré; nadie vol-